

## **A Viena, en invierno y verano**

Mi primer viaje a Europa, al término de mis estudios de literatura en la Universidad de San Marcos, tuvo lugar en septiembre del lejano año de 1957. Lo hice como becado, por cierto, dada mi modesta condición, para seguir cursos y realizar trabajos de investigación en París. Aquí me acogió un otoño esplendente, en el que resaltaba aún más la belleza de la ciudad. Transcurrieron los primeros meses y, al llegar diciembre, un colega peruano y yo decidimos pasar la Navidad en la remota y nevada Viena, en la que sería, en mi caso, la primera de las dos visitas que le hice. No hablaré aquí del recorrido en tren, que nos llevó por Zúrich e Innsbruck, ni de la frígida capital que nos recibió, tan impregnada para mí por los recuerdos de la música de Beethoven o de Schubert. Contaré más bien cómo pasamos la noche del 24, en más de un sentido inolvidable.

Pues sucedió que alguien, no recuerdo si español o latinoamericano, con quien por alguna feliz razón nos topamos, y que también se hallaba de paso, nos llevó en esa noche no recuerdo si a una casa de cristiano y límpido hospedaje para extranjeros, regentada por monjas, casi todas jóvenes. Éramos varios los huéspedes, de diferentes nacionalidades, y que apenas si chapurrábamos el alemán. No tengo presente si había un Nacimiento, pero sí que a la media noche se nos reunió a todos en una sala, y dos o tres de las hermanas se pusieron a tocar la flauta. Se trataba, sin duda, de villancicos, a germánica manera, algunos de ellos acompaña-

dos por la letra, entonada por otras. Pero lo que más me maravilló fue la exacta y dulce pureza con que tañeron sus instrumentos, la belleza de las melodías. ¡Con qué recogimiento las escuchamos! Y por eso apenas si conservo un vago recuerdo de la cena que luego nos brindaron. Como pálido es, en comparación, el que me dejó la visita de monumentos y lugares notables. Una Viena como envuelta y misteriosa bajo una temperatura glacial. Casi dos años después se me ofreció una segunda y espléndida oportunidad para volver a ella, pero esta vez en el verano, para asistir a un Festival de la Juventud, de los que por esos tiempos organizaba con liberalidad la Unión Soviética. Mas no se trataría, en esta oportunidad, de un recorrido en tren, sino en esa versión más modesta, por entonces muy en boga, de las motocicletas, esto en una flamante Vespa de dos asientos de un joven compatriota, al que conocí ocasionalmente, estudiante como yo en la Ciudad Luz, y que no deseaba realizar la aventura solo. Tentación única, y por eso irresistible.

Acepté su propuesta de inmediato, y mucho más porque ahora no me encontraría con la gélida capital de la oportunidad precedente, sino con otra, estival y abierta. Iríamos por las autopistas germanas, y pasaríamos las noches en los *Jugendherberge*, o Albergues de Juventud. Ingresamos a Alemania por *Aachen*, que los franceses llaman *Aix-la-Chapelle*, y seguimos hasta Dusseldorf, para pasar luego a Colonia. Por alguna razón su catedral me impresionó menos que las de París, Reims, o Toledo. Seguimos después, aguas arriba del Rin, por Coblenza, Worms. Más adelante tocamos en Augsburgo y recalamos en Múnich. No recuerdo la ruta posterior, pero finalmente llegamos a Viena, seis días después de la partida, felices por el recorrido, pero con las posaderas muy resentidas.

Las autopistas no resultaron ser atractivas, por sus interminables trazos rectos y sus amplísimas curvas. Además, y a pesar del verano, el viento se colaba no obstante todas nuestras precauciones, por los botapiés y las bogamangas, formando en cada uno de nosotros un frígido bolsón en los anoraks con que nos protegíamos. Mi compañero, que se había reservado el monopolio del timón, tenía al menos la mente ocupada en la ruta, mientras que a

mí no me quedaba, ya que era imposible conversar, otra cosa que mirar los vehículos que a gran velocidad nos sobrepasaban, así como los taludes de los costados, y de cuando en cuando árboles, casas y colinas, que a cierta distancia bordeaban el camino. Esa monotonía se veía interrumpida, sin embargo, y de temerosa manera, cuando nos alcanzaban y dejaban atrás los buses y los camiones, muchos de ellos enormes, que desplazaban a su paso una gran cantidad de aire que venía a dar en el modestísimo parabrisas

Viena, 1957

de la motoneta, haciéndola temblar y casi trastabillar. Por suerte la pequeña vela de plástico transparente resistía, y el piloto tenía mano firme y entrenada. Y así continuamos, raudos, como en una ruidosa y rápida barquilla de otros tiempos.

Me gustaría detenerme en la impresión que me causaron esas ciudades cargadas de historia, y en especial Worms, y referirme también a esos albergues, casi todos en edificios flamantes y de limpias literas, y en los cuales mi apariencia andina no suscitaba la mirada entre curiosa y recelosa que me seguía en los pueblos y ciudades pequeñas, lo cual no sucedía con mi compañero de travesía, de rostro más bien mediterráneo. No faltaron quienes me preguntaron, en una mezcla de alemán, inglés y francés, si yo era armenio, hindú o mexicano. Y decir algo también de los paisajes del Rin y de Baviera, y de la wagneriana belleza de las muchachas. Pero el espacio no lo permite.

Llegamos, en fin, después de seis largos días, todos de magnífico tiempo, hasta donde recuerdo, a la imperial Viena, salvos, contentos, doloridos, y como mareados aún por el rodar de la máquina. Ya hacía varios días que se realizaba el Festival, por lo cual nos perdimos el sorteo de visitas guiadas y gratuitas a Moscú y Leningrado, ahora San Petersburgo, cosa que en verdad me dolió. Pero ahora sí pudimos conocer algunos de los grandes monumentos a los que yo no había podido ingresar en la ocasión precedente. El cielo era azul, salvo cuando caía uno que otro chubasco veraniego, numerosas las ocasiones de conocer a jóvenes de otros países, las reuniones alegres, los festivales de música. Me hice amigo de dos muchachas, alegres y comunicativas, a las que les hacía gracia mi somero alemán, y cuya compañía me fue aún más grata por cuanto mi compañero de viaje, a quien no he vuelto a ver, se reunió con su novia que ya lo esperaba, y como es natural se hizo humo. Y así, hasta la hora de la partida, en que tomé el tren para retornar a París, visitando en el trayecto Salzburgo.

Todo ello es ahora muy distante en mi memoria, pero aún me parece oír esas melodías navideñas en la flauta, aún más, quizá, que la parla y las risas de aquel festival.